

Salvador no apartaba sus ojos del cuadro, taciturno, sombrío, asiendo con las manos crispadas los rebordes del lienzo, como si pretendiese abrazar, después de enterrado, el cuerpo bello y caro de la esposa ida...

—»...¡de la puerta del infierno!...—decía Refugio.

—»...¡líbrala, Señor!...—baluceaban las chiquillas.

Apasionadamente, Salvador, solo y casi á obscuras, púsose á besar el desnudo insensible, llorando sofocado llanto amargo de hombre.

—»...¡dulce corazón de María!...—decía Refugio.

—»...¡sálvala!...—baluceaban las chiquillas.

Para alcanzar con sus ósculos á la parte inferior del cuadro, donde no llegó á pintar los pies de Emilia pero donde éstos debieran hallarse si el cuadro estuviera concluido, Salvador se postró de hinojos frente á su obra, á tiempo que Refugio y las chiquillas daban término al «Rosario de los Difuntos»:

—»...¡por la sangre preciosa de tu Hijo!...

—»¡¡Misericordia, Señor, misericordia!!»

Y al lloro de las niñas y de Refugio, que se incorporaban y apagaban el cirio; al sofocado llanto amargo de Salvador, que permanecía de hinojos ante el cuadro, clavada la frente en la ceja del caballete, oscilantes y encrucijadas las manos, hacíaes coro, desde el balcón abierto, el discreto caer de la lluvia menuda de la noche.

II

«Por las circunstancias que en Ud. concurren, el señor Presidente de la República ha tenido á bien nombrarlo catedrático de paisaje...»

Dudaba Salvador de lo que leía; volvía á leer el pliego, sonriendo á su pesar de mal contenido júbilo por lo que la cosa halagaba su amor propio. Era la cátedra, la cátedra soñada en la Academia de San Carlos, que tanto habían esperado Emilia y él, sobre la que tanto habían bordado planes cuando los presupuestos domésticos andaban flacos, á unos pasos de la bancarrota. Y ahora, que ya la venta de sus cuadros daba lo necesario para los gastos; ahora que la pobre Emilia ya no estaba ahí, con ellos, en el comedor en que Salvador releía el pliego y contemplaba á sus hijas; ahora aparecíase la tal cátedra, al mes del fallecimiento de quien más la ambicionaba, como una ironía á la muerte, que, con fe inquebrantable confió siempre en la realización del suceso y aún regañaba con Salvador, por los descreimientos que oponía á su ciega confianza de mujer sencilla que en las intervenciones divinas confía y en los milagros espera:

—Verás—decía á Salvador á cada nuevo desengaño,—verás: Dios nos la ha de dar...

—No, mujer—le contestaba él, irritándola cariñosamente,—Dios tiene más altas ocupaciones que enterarse de las vacantes de una escuela; si acaso, nos la dará Fulánez, que es ministro de Justicia y de la Instrucción Pública!—agregaba con entonación zumbona.

A tiempo venía la cátedra, nó por el sueldo con que el Gobierno le remuneraba, sino por el derivativo que á Salvador iba á representarle distrayéndolo del ensimismamiento en que su viudez sumíalo más cada día. Era un espolazo á sus entusiasmos aletargados, á sus amodorradas energías, á la desgana para acometer todo lo que antes sacábalo de quicio, lo que ahora sufría en el lento discurrir del duelo. Sentíase tan solo y ¡tan solo estaba en efecto!... Porque sus hijas, amorosas y juiciositas, así se esforzaran sobreponiéndose á su edad, no podían ayudarlo á cargar el peso enorme de abandono y desolación que sobre él gravitaba. Y lo que es Refugio, la sirvienta honrada y leal, por su espíritu vulgar y su ininteligencia para asuntos íntimos y de fácil solución, que á ella resultábanle inaccesibles á causa de su inferioridad, podía ayudarlo menos aún de lo que las niñas con sus caricias, su compañía y el incesante preguntar de sus infancias curiosas y despiertas en ocasiones, lo distraían siquiera, lo apartaban de su idea fija de desolación y abandono.

Quedaban los amigos ¡por supuesto que quedaban!, pero alejados, en los segundos y terceros términos donde la clarividencia de Emilia habíalos catalogado cuando las dulces intimidades de ella y él, las charlas, al parecer frívolas, mas en realidad solemnes y trascendentales (á juzgar por lo que se nos graban y reaparecen á la larga), que seguían á las secretas reconciliaciones conyugales, á los perdones de la esposa por las incorregibles locuras del artista; cuando él arrepentíase de haberse recogido tarde y oliente á vino y á perfumes delatores de sus infidelidades corporales con mujeres que hoy se acarician y mañana se olvidan; cuando no sabía justificarle la inversión de una suma de dinero, gruesa para ellos...

Siempre paraban en el perdón y en la paz, y Emilia entonces, hábilmente, explotaba la sumisa mansedumbre y los firmes propósitos de enmienda que los hombres tenemos á raíz de nuestros excesos. El malestar físico de Salvador, calmábalo Emilia con caricias de nodriza que arrulla al crío; y el malestar moral,—mezcla de vergüenza agresiva y de cobardías psíquicas,—arrancándole la venda que le cegaba con respecto al grupo extenso de individuos que por amigos y hermanos suyos se diputaban; y lo obligaba á participar de su criterio femenino y estrecho para juzgar de los complejos matices varios que informan las múltiples amistades de los hombres.

—Mira—le decía contando con los dedos el batallón de amigos:—Zutano no puede quererte de verdad, porque es de tu oficio; Mengano, porque lo que busca es que tú, ó cualquiera, bajo la máscara de la amistad, que lo mismo sirve para encubrir lo bueno que lo malo, más lo malo que lo bueno, le facilite dinero con que entretener sus vicios; Fulano tampoco puede quererte, porque pareceme á mí que no es nacido para querer á nadie, ni á sus gentes; ya ves cómo las descuida y maltrata... por ti lo sé, no me salgas ahora con que calumnio ó exagero...—Y continuaban los dedos de sus manos siendo la efigie del batallón de amigos nocivos, que Emilia iba aniquilando conforme los enumeraba; apenas si uno ó dos alcanzaba indulto, un indulto con limitaciones y taxativas.—Ese sí creo que te quiera, para que te lo sepas, pero no todo lo que tú imaginas, ni la mitad...

Salvador, entonces, protestaba contra los cargos y defendía inculpadamente, abultándoles las virtudes que de suyo poseían y hasta inventándoles nuevas, disminuyendo y disculpando los defectos que no era honesto negar; aún

F. GAMBOA

reprochaba á Emilia su rigidez, lo implacable y estricto de sus excomuniones y sentencias. Pero ahora que Emilia no sostendría sus juicios ni los ilustraría con ejemplos patentes; ahora que sólo quedaba de ella el eco de sus palabras, Salvador reconocía lo atinado de aquellos juicios, calificaciones y diagnósticos. Sí, así era, en efecto; del grupo de sus amigos, uno ó dos, á mucho tirar, seríanlo de verdad. Salvador reconocíalo, mas reconocíalo contrariado y mohino por lo que significaba, el tal reconocimiento, de perdurable sujeción conyugal. ¿Hasta después de viudo había de continuar influenciado, á su pesar, por el criterio de su mujer, que, sin agravio de nadie, fué siempre muy inferior al suyo propio?... ¿Toda la vida iba á triunfar y á existir el equilibrio de Emilia, que, ese sí había sido superiorísimo al de él?... Y azuzado por secretos deseos de sacudir el ominoso yugo, de usar á su antojo de la libertad actual en que la muerte de Emilia teníalo lanzado, empeñábase dentro de su caletre en ingrata tarea: desarraigando de cuajo el insistente influjo y conducirse á su guisa, tuerto ó derecho, que á la fin y á la postre ya no lastimaría á nadie entregándose al vaivén de sus inclinaciones é instintos; pues era mucho cuento ése de seguir pensando y conduciéndose como casado cuando es uno viudo... Antes, enhorabuena, hay á quien complacer, por quien sacrificarse y sacrificar viejas aficiones amables; pero ¿después?... Esta persistencia del influjo de Emilia, en su ánimo inquieto y voluntarioso, sacábalo de quicio y lo arrinconaba en una porción de pensamientos enrevesados y hasta infantiles; hacíalo cobrar por su viudez una ojeriza irrazonada, porque se la convertía en estado muy diverso de lo que él se la supuso á los principios... En ocasiones, sentíase gratitud exagerada por su muerte, que, á modo de inseparable guardián le recordara á tiempo, en

RECONQUISTA

misterioso lenguaje sin palabras, los peligros y simas de que en vida habíalo apartado; pero en otras, su amor propio de masculino, la inconfesada convicción de que ni cuando soltero, ni cuando casado, ni ahora y después de viudo, su conducta fué ni llegaría á ser intachable precisamente—antes tirando á irregular y muy medianeja,—tal convicción escociale, y por eso trataba de engañarse aun á sí mismo. Tumbado en el diván del estudio durante las muchas ociosidades á que se abandonaba á menudo por falta de estímulo, para disculparse, culpaba á Emilia, á sus solas, fuma que te fuma cigarrillos. Tampoco Emilia había sido perfecta, ni muchísimo menos; más perfecta que él, sin duda, pero perfecta enteramente ¿á que no?... Y todos los serios inconvenientes de las vidas conyugales, hasta en los matrimonios mejor avenidos como el suyo, desfilaban, de bulto casi, por el estudio en silencio: las diferencias mutuas, espirituales y físicas, que nunca se borran y sólo recíprocamente se conllevan; las asperezas que ni con el roce diario se ablandan ó disminuyen; los períodos, transitorios por fortuna, en que los cuerpos se repugnan y las almas se distancian, sin razón aparente que justifique el hecho; los millones y millones de leguas á que algunas noches se sienten el marido de la mujer y la mujer del marido, á pesar de que se hallan lado á lado, bajo una misma sábana que por igual los cobija, sobre de una misma cama, en la que ayer y mañana, ¡hoy nó!, se amaron y volverán á amarse... ¿por qué, si no han reñido, si han pasado, al contrario, una jornada afectuosa y harmónica? ¿Acaso los afectos más puros han menester, para no agostarse, de estas repentinas ausencias inexplicables? ¿Adónde van á ocultarse? ¿En qué sitio ignorado van á proveerse de mayores fuerzas? ¿Por qué nuestro corazón no se encuentra conformado para amar ó para odiar eter-

namente á nadie?... Como ninguno, por supuesto, respondiese á Salvador estas preguntas que venía formulándose desde antes de enviudar, desde que observó el fenómeno y su repetición intempestiva y arbitraria, encendía nuevo cigarrillo, y ahondando, ahondando en su vivir matrimonial, llegaba, luego de hilvanar ésta intimidad y el detalle aquél, á una conclusión aterradora: en el fondo del amor palpita el odio... Y con eso sí que no apeneaba, ¡un demonio! ¿Él odiar á Emilia?, ¡qué atrocidad! Ni antes, ni hoy, ni nunca... Y levantábase nervioso, corría en busca de sus hijas, á las que alarmaba con sus caricias, ó poníase frente al inconcluso cuadro de su esposa, armado de pinceles y colores, á terminar los pies desnudos que se resistían á salir, por más que los tuviera exactos en sus ojos ejercitados de artista, de tanto haberlos contemplado, y tibios y dulces en sus labios de amante, ¡de tanto haberlos modelado con sus besos!... Mientras pugnaba por trasladarlos al lienzo, en el que pintaba febrilmente y febrilmente borraba los intentos que no lo satisfacían, hablábale al retrato, al rostro vuelto que sólo él sabía de quién era:

—Ni te odié ni te odio, ¡qué horror!... ¡Es que sin ti estoy volviéndome loco... Pero te juro que te quise, te juro que te quiero todavía!...

Para huir á estos vértigos de su pensamiento, de veras temeroso de perder el juicio, con exquisitos miramientos retiraba la tela del caballete, exigía que las chiquillas le guardasen compañía y pintaba en otros lienzos.

—¡Evangelina!... ¡Magdalena!... ¡Vengan á jugar al estudio, y háganme ruido, mucho ruido, mejor!...

No sabía que ese estado anormal de su ánimo era la luna de miel de su viudez, y que, por grados incontrastables de olvido lento, el tiempo habría de aliviarlo. No sabía que con el dolor de las grandes separaciones nos ocurre lo pro-

pio que con el sol en el firmamento: si en el cenit lo vemos, nos ciega y hace llorar; mas luego, conforme se aproxima á su ocaso y conforme en el ocaso se hunde, más y más podemos verlo sin llorar ni cegar, bañándonos en su decreciente luz, melancólicamente alumbrados por los haces de su diadema mortecina, hasta que las sombras de la noche—¡los incontrastables olvidos lentos!—de la memoria y de la vista nos lo borran.

Por lo pronto, asíase á sus hijas; violentaba su pensamiento encadenándolo á la persona de Emilia, á sus hechos y á sus dichos; y cada vez que su pensamiento rompía la cadena y cual perro bravo se iba por ahí tumbando esto y mordisqueando aquello, á Salvador cerrábase el mundo y declarándose un insensible y un desnaturalizado sin par, recetábase largos silencios é inmovilidades que siempre paraban en rabiosas caricias á las pequeñas y en pláticas sin fin acerca de la muerta:

—Acuérdense de su mamá, hijas mías, ¿ó acaso no la recuerdan como yo, día á día y minuto á minuto?... Recuerden lo buena que fué... ¡buenísima!...—agregaba tras breve silencio;—buenísima, más buena de lo que Uds. y yo nos merecíamos... yo, sobre todo.

Y de ver lo suspensas que las chiquillas se quedaban ante semejantes preguntas en tono de reconvencción innecesaria, más aún preocupábase Salvador de formularlas tan á menudo. ¿Por qué defender á la muerta con ese tesón, si nadie—y las pobres niñas menos que nadie—pensaba en atacarla siquiera? ¿La defendería de sí mismo? ¿Por qué, si su duelo era un duelo de veras?...

Ahí estaban de testigos sus noches, especialmente las primeras noches que siguieron al fúnebre suceso. Mientras las niñas oraban al lado de Refugio, Salvador recibía amigos y conocidos en el estudio, cuyo balcón se dejaba en-

treabierto para que escapara el humo de los cigarros, para que también escaparan las interjecciones con que los hombres salpicamos nuestras conversaciones íntimas, y una risa que otra, desafinada por lo aislada; las risas que nacen como protesta de la vida contra la facticia taciturnidad de las visitas de duelo. Salvador limitábase á fumar y á escuchar; pero los otros, que habían principiado muy serios, de súbito enzarzábanse en una de las frecuentes discusiones que matizan las charlas de artistas, en las que todos hablan y se excitan, los fuegos de artificio de los intelectuales cuando se reúnen. Olvidábanse de Salvador, del objeto principal de la visita (acompañarlo en su pena y con él compartirla), y la disputa se encrespaba, oíanse manazos en los muebles, paseos en el piso, paradojas y teorías estéticas, chistes y sentencias; tan bien hermanado todo con el humo de los cigarros, que el eco de las voces, de las manotadas y de los paseos, como el humo abandonaba la estancia, por el balcón abierto del nido huérfano que un amor había edificado en la calle pacífica del barrio silente.

Salvador, en tanto, imitando á los moluscos que disponen de la facultad de encerrarse herméticamente dentro de su concha y encerrados abandonarse á peligros y oleajes, á vaivenes y ruidos, Salvador se encerraba dentro de su duelo, herméticamente, tanto, que en más de una ocasión los que discentían y apelaban á su voto, debían, primero, llamarlo repetidas veces—como llamamos al que nos queda lejos:—¿Tú que opinas, Salvador? ¿Verdad que éste es un bárbaro?... y que prescindir, luego, de su opinión y de su fallo ante los húmedos ojos del pintor y la indiferente ignorancia que revelaban en el mirar vago con que al fin contemplaba á sus amigos é intentaba entenderlos. Los visitantes, entonces, palpando lo inadecuado de sus extre-

mos, truncaban sus disputas y el hablarse á voces, decapitaban chascarrillos y risas, y al cabo de breve tregna muda, despedíanse del viudo, fraternalmente, con palmadas y caricias en sus hombros:

—No, no salgas ni te levantes; acuéstate y procura dormir, para que mañana nos pongas mejor cara...

¿Dormir?... ¡Si no podía! Lo que hacía era soñar, en ese mismo rincón de su estudio sombrío, sin otra luz que la de los astros cuando los había, luz de luna ó luz de estrellas que con tenues claridades pálidas medio alumbraba la estancia, ó con una luz tristísima, la de sus recuerdos y evocaciones, más intensa mientras más apretaba los ojos y menos, materialmente, debiera advertirla. No bien partidos sus amigos, entrábanle en el taller su cena frugal, que se enfriaba encima de algún mueble antes de que él, con desgana, probase bocado. Ya las chiquillas dormían, en la estancia vecina de la matrimonial y en sendos catres colgados de pabellones blancos, al través de cuyos menudos tejidos, los resplandores vacilantes de la lámpara veladora daban á sus rostros de ángeles coloraciones nacarinas; á sus revueltas crenchas, opacidades de mármoles patinados de años, y al contorno de sus cuerpecitos en abandono de sueño, á los pliegues de abrigos, almohadas y sábanas, tonalidades de espuma y de siniestro, contornos de cadáveres insepultos que rodaran blandamente por sobre silenciosas ondas de un mar imposible que á traición y muy poco á poco—¡venido de quién sabe dónde!—se las arrebatara sin misericordia... Y cuando no se ponía á contemplarlas, de pie en medio de las dos camas, con tristeza infinita por lo que eran y por lo que serían, su visión de que también perdía las acentuábase, y las despertaba, las despertó en dos ó tres ocasiones:

—¿Por qué te quejas?... ¡No te desabrigues, que vas á

F. GAMBOA

coger frío!...—les murmuraba piano, inclinándose sobre la una y sobre la otra.

Ellas, interrumpidas momentáneamente en su pesado dormir infantil, desperezábanse, cambiaban de postura medio dormidas, y, al reconocerlo le contestaban con incompletos balbuceos incomprensibles, ó con esas inefables sonrisas que los labios de los niños dibujan al acomodarse para seguir su sueño.

Tornaba Salvador al taller, á echarse en el diván, pero de modo que pudiera divisar el desnudo de su muerta, que mal se precisaba en las sombras del cuarto.

... Y resurgía su vivir conyugal, más el lado negro que el lado blanco ¡qué terquedad! Los disgustos y altercados de todas las vidas íntimas, el refír por naderías, el contrariarse por asuntos de poco momento, el deseo mental de reconquistar la absoluta independencia del celibato, los arrepentimientos de haber quebrantado el propósito de no doblar jamás el cuello á la coyunda que tanto lastima á los comienzos, y, á veces, hasta á los finales de los que se casan... ¡Eso resurgía! Gesticulaba Salvador, acercábase al balcón y en los vidrios pegaba su frente, que le ardía; se preguntaba cosas extrañas, dudaba si nunca habría querido á Emilia ni Emilia lo habría querido á él; dudaba ¡ay! si, conforme los maldicientes asegúranlo, el tal matrimonio no fuese, en efecto, la tumba de los amores que cuando novios todo lo embellecen y diafanizan...

Muy lentamente surgía el lado blanco: las saudades tiernas, las plácidas membranzas que reaparecían é invadíanle el organismo entero. La hora, sin duda, el silencio, el hábito de años, de nuevo recobraban su imperio, traíanle pensamiento y cuerpo á la buena vía, á los serenos acostamientos castos en el ancho tálamo tibio, después de las jornadas de labor y de lucha; las criaturas, durmiendo á uno y otro

RECONQUISTA

lado de sus padres, cada una en su cama pequeña; el pudoroso desnudarse de Emilia, que á los tantos años de casada aún se cubría instintivamente su carne complaciente de esposa, y á gran priesa, guarneciase bajo las sábanas para que Salvador no riera, como reía, de sus precauciones de hembra recatada... Luego, la lectura de él, acostado y saboreando el último cigarrillo del día; y la plegaria de ella, fervorosa é interminable, á medio sentar en el lecho, apoyada en las almohadas, y su diluvio de persignares, que á modo de semilla que rindiese fruto portentoso é infalible, aventaba Emilia desde su asiento: por ellos, por sus hijas, por sus muertos, por los que sufren, por los que no se persignan, por los pobres, por los que se hallan en pecado mortal, por el género humano, por los que se encontrarían á millones y millones de leguas; cual si el imperfecto y convencional signo que hacía su mano, tuviese de veras milagrosa virtud y un alcance mayor que la cárdena luz de los relámpagos al desgarrar las nubes, sin que ellos mismos sepan dónde van á caer...

—¿Ya estás en tu siembra?—le preguntaba Salvador en broma. Y Emilia, sin contestarle, seguía, seguía mandando cruces redentoras y consolantes á todos los ámbitos de la tierra...

—¡Ya, ya acabé mi siembra, hereje!—le decía al terminar y acostarse, pegándose á él, brindándole su cuerpo limpio y sano, con un casto abandono primitivo. Al dulce contacto, truncaba Salvador la lectura, apagaba la vela, y, en las sombras de la estancia, apenas si se oía un desvanecido rumor de ósculos conyugales, sin estruendo ni lascivia, y el acompasado respirar de Evangelina y Magdalena, muy distantes—por su sueño y por sus infancias sin pecado—de esos acercamientos sacros, de ese perpetuo renovamiento de nupcias, indispensable para

F. GAMBOA

que del amor y de los besos, en divina floración, brote la vida.

Complaciase Salvador en prolongar estas reminiscencias, á causa del alivio que le proporcionaban á su pensamiento fatigado de tanto estropearse por los inconmensurables páramos de que el cerebro es absoluto dueño y señor único; esas millonadas de leguas que no acaban nunca, cuyas lindes desconocemos, estepas sin fin ni principio por las que nuestros pensamientos é ideas galopan desbocados y ciegos, sin más testigos que nosotros mismos, cuando la imaginación da suelta á los anhelos recónditos, á los secretos remordimientos, á los crímenes mentales que todos—hasta el justo—sin excepción perpetramos en más de una ocasión, que jamás confesamos; las estepas en que van y vienen, al paso, á la carrera, coceando, rugiendo, en tropel devastador de manadas dementes, las ideas y los pensamientos para siempre ocultos... Más tranquilo de cuerpo, más sereno de ánimo, Salvador iba y besaba el retrato inconcluso, que en seguida cubría cuidadosamente con un lienzo, luego se acostaba en la cama matrimonial—demasiado grande para él solo—y se dormía, al cabo de unos instantes de vela y más divagaciones, atento al rítmico respirar de sus chiquillas. Las primeras noches le ocurrió que debiera rezar por su muerta... pero achacó la ocurrencia, sin ponerla en práctica por supuesto, á lo excitado de sus nervios, á desfallecimientos y depresiones cerebrales... ¡Bah!... ¿Rezar, y rezar por los muertos?... ¡Qué niñería!...

Con empeño grandísimo propúsose, en cuanto saliera á la calle, consagrarse á su cátedra, en la que sembraría una porción de ideales artísticos nacidos y cultivados de años atrás en su individuo, á pesar de lo ingrato del medio y

RECONQUISTA

de las escasas probabilidades de sacar discípulo ó cosa de provecho. La escuela, la conocía de coro; por hijo de ella tenía y proclamábase, y si sus defectos ni con sus íntimos y compañeros de profesión los mencionara (¿para qué?...), no por ello menos se los sabía y más los deploraba; que tal es la suerte reservada á los buenos hijos cuando la madre, por inclinación propia ó por extrañas influencias, equivoca los senderos y á campo traviesa se lanza hasta el aniquilamiento y el descrédito: callar y lamentarlo, lamentarlo y callar.

De ahí que su nombramiento de catedrático tanto lo hubiese alegrado, porque no sólo oportunisimamente le llegaba para que él encauzara las energías que bullíanle por dentro de su organismo adulto de varón fuerte, y lo apartara, con el nuevo y noble derrotero, del derrotero torpe y mezquino á que quizá habríanlo conducido aquellas mismas energías, ociosas hoy, por la viudez, y por la ociosidad y lo punzante del recuerdo predisuestas á marcharse por ahí, en busca y demanda de consuelos de encrucijada, fáciles de descubrir y difíciles de despegar de las voluntades entristecidas y vagabundas.

También alegrábalo el nombramiento, porque á par que colmaba el viejo sueño de profesar su arte, dábale campo, y vasto, para meter su hombro al edificio todo, que, por incuria y algo peor, calladamente venía abajo... Á ver si mientras perduraba su esfuerzo aislado, manos piadosas atajaban el interno y definitivo derrumbe de que se hallaba amenazada su amada, y, en otrohora, famosa Academia de San Carlos. Que no se cayera, Señor, que no se cayera...

Mucho disuadiéronle de empresa tamaña varios de sus amigos que aún le acompañaban por las noches, al saberla por boca del propio Salvador.

—No te metas en dibujos ni vayas á dar al traste con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

33427

F. GAMBOA

tu clase. ¡No seas tonto!... Limitate á enseñar lo que sabes, que para eso te pagan, y deja que ruede el mundo como mejor le pegue la gana; pues los redentores de verdad y los hidalgos más ó menos ingeniosos, ya sabes dónde paran: en los maderos de los Gólgotas ó en las estacas de los yangüeses...

Los independientes—y justo es consignar que éstos fueron la mayoría—amotináronse en contra de los tímidos, que, con discursos tales, ahogaban en flor propósitos que antes había que estimular y aplaudir para que cesaran de serlo y en realidades se transmutasen, en realidades urgentes é indispensables.

—Sigue adelante, Salvador, con lo que te has propuesto, que aquí estamos nosotros para ayudarte y sostenerte, caso que lo hayas menester, que no lo habrás...

Y por la trillonésima ocasión asistió Salvador á la batalla oral, pero sin cuartel, que los intelectuales—más que en ninguna otra parte—libran en México siempre que sale á relucir el problema del propio sustento; hurtado, según unos; ganado, según otros, en planteles, cargos, granjerías y sinecuras que el Gobierno derrama por la República entera. Agrío batallar que el pintor también sabíaselo de coro, sobre que hasta había tomado parte en alguno considerándose investido de innegable derecho á participar, precisamente porque nunca fué de los agraciados con esas mercedes. Ahora, sin embargo, dejó que el oleaje por su propia virtud se aquietara, y como desde sus épocas trabajosas de recién casado, desde antes, trazárase un plan de honestidad é independencia, de buen grado aceptó las felicitaciones de sus amigos beligerantes; al día siguiente daría principio á sus labores, presentaría en su cátedra, arengaría á sus alumnos con un puñado de frases, más que pensadas, sentidas, que los otros

RECONQUISTA

le aplaudirían por las promesas nobles y levantadas que entrañaran y que se verían palpar, abrir las alas entre las mallas de su retórica de hombre de acción y enamorado de su arte, por el que únicamente se preocupa y vibra.

Idénticos á los albores de todas las empresas—que sólo nos ponen de relieve sus lados halagüeños y sonrientes, aun de las más ingratas,—los albores de su próximo vivir sonreían á Salvador, le ahuyentaban sus tristezas reconcentradas, sus permanentes murrias, su inacción de cuerpo y espíritu y el vagabundear de su pensamiento con que la viudez se le apareció. Sus energías, otra vez despiertas, estiraban sus miembros, uno á uno, dándole fundadas esperanzas de que se hallarían ágiles y completas para muy en breve; no debía azuzarlas, ellas solas tornarían á su antiguo funcionamiento de engranaje de máquina echada á andar y que so pena de pararse, no consiente que un volante se retarde, ni un émbolo se esconda ó una muesa se oxide. La nueva existencia presentábase aceptable, muy aprovechada y distribuida, con su bastante de higiene, su mucho de labor y aun su poquillo de distracciones honestas, por supuesto que honestas, pues ni Emilia parecía dispuesta á tan pronto borrarse de los aposentos de la casita—en pie gracias á ella—y de sus moradores, ni así Emilia lo intentara consentiríanlo Salvador, sus hijas, la criada y el modesto inmueble. Era tiempo, pues, de sobreponerse al dolor y de atender á las niñas y á sí propio. Emilia continuaría reinando en sus memorias; en las sobremesas familiares que su nombre á cada paso mencionado venía á embellecer y á prolongar; en las plegarias filiales, que noche á noche encomendaban el alma de la madre muerta al Dios bondadoso que alumbraba sus infancias huérfanas; en los aposentos de la vivienda, todavía saturados del eco de su voz de mujer hacendosa,